

1886

LA VOZ DE LA CARIDAD.

REVISTA QUINCENAL.

LA VOZ DE LA CARIDAD.

MADEIRA

REVISTA DE LA VIDA E HUBO DE D. MIGUEL ALMADA

CAIXA DE PIANOS, 1886

LA LON DE LA CARIDAD

18869

LA VOZ DE LA CARIDAD.



REVISTA QUINCENAL

DE

BENEFICENCIA Y ESTABLECIMIENTOS PENALES.



TOMO 1.º—AÑO 1871.



MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. EUSEBIO AGUADO.

Calle de Pontejos, núm. 8.

1888

LA VOZ DE LA CARIDAD

REVISTA QUINCENAL

DE ECONOMÍA Y ESTADÍSTICA

TOMO I.—AÑO 1888

MADRID:

IMPRESA DE LA VIUDA E HIJO DE D. ROSARIO AGUIRRE

Calle de Pízarro, núm. 8.

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 1.—15 de Marzo de 1870.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epist. I, 4, 8.)*

UNA PROTESTA.

Dijimos en el prospecto que la *Voz de la Caridad* no tendria carácter político. Creemos oportuno repetirlo y confirmarlo solemnemente.

Al aparecer un nuevo periódico, de temer es que se le busque origen político, y que se le suponga objeto ó tendencia política tambien.

No lo estrañamos. Vivimos en una época en que esos objetos y esas tendencias tienen marcada preferencia para todos, porque realmente las soluciones políticas, y mas en un país que está constituyéndose despues de una revolucion tan radical, á todos importan, porque á nadie dejan de interesar mas ó menos. Así, pues, preveemos que los lectores de nuestra revista tratarán de formar juicio político de ella por su modo de ventilar las cuestiones.

Por ejemplo, si nos ven defender la descentralizacion en lo relativo á beneficencia, y la necesidad de reformar la ley en el sentido de dejar mas desembarazada la accion individual de la caridad privada, se nos creará partidarios de la escuela mas radical. Si, por el contrario, levantamos nuestra voz censurando el extravío de la opinion de ciertas gentes contra las Hermanas de la Caridad, se nos tachará de reaccionarios. Uno y otro juicio serán equivocados.

Los redactores de la *Voz de la Caridad* tienen opiniones, antecedentes y criterio formado sobre principios y sobre conducta política; pero no solo no hay entre nosotros uniformidad completa de ideas en este punto, sino que hasta hemos procurado que no la haya. Al entrár en la redaccion, dejamos á la puerta toda opinion y toda idea política, para ocuparnos lisa y llanamente de caridad y de establecimientos penales; de pobres y de presos.

Esta es nuestra bandera única. Si bajo su inspiracion censuramos ó enaltecemos instituciones, hechos ó personas, será porque la conciencia nos dicte que nuestras censuras ó nuestros elogios están conformes con la justicia, y pueden redundar en bien del pobre y del encarcelado; no por obedecer á consignas de partido.

Los desdichados son criaturas que sufren, no armas de ataque ni defensa. Nuestro corazon no es tan duro ni tan baja nuestra alma, que, á la vista dolor, en vez del deseo de consolarle, tengamos la idea de explotarle en favor de nuestra escuela ó de nuestro partido. Ese dolor á ninguno pertenece esclusivamente: es patrimonio de la humanidad, y en nombre de ella hemos de hablar; no en el de las pasiones políticas.

Rogamos, pues, á nuestros lectores que tengan muy presente esta protesta, que hacemos de una vez para siempre, y para no repetirla en cada cuestion que nos parezca susceptible de ser mal juzgada bajo este punto de vista. — *La Redaccion.*

ESPERANZA.

—Aquí solo inspiran interés las cuestiones políticas.

—Aquí no se leen mas que folletines, novelas y periódicos que halagan y escitan el espíritu de partido.

—¿Cómo ha de poder sostenerse en España un periódico de beneficencia, si no existe ninguno de esta clase en las capitales populosas y cultas, donde se escribe de todo y se lee mucho?

—La ocasion es la menos oportuna.

—Tendrán ustedes veinticinco suscripciones.

—¡Cuánto mejor sería dar á los pobres ese dinero que van ustedes á emplear en el papel é impresion de un periódico que nadie leerá, y que tendrá que cesar por falta de suscritores!

Con estas y otras frases han respondido muchas personas prudentes, al anunciarles nuestro proyecto de publicar *la Voz de la Caridad*. Su parecer tenia razones y ejemplos en que fundarse, y venia en apoyo de su opinion el recuerdo de estas palabras del benéfico é inolvidable Degerando: «En Francia,.... ¿será cierto que no hay ninguna? (publicacion periódica de beneficencia). ¿Será verdad que las que se han intentado no han podido sostenerse? ¿En Francia, donde se hace tanto bien, nadie recoge noticias del que se realiza, y todos parecen tan poco interesados en saberlo?

»¿Por qué no tenemos en la capital un centro á donde vengan

»á reunirse todas las noticias de las hermosas instituciones de las
 »provincias y de París mismo, donde se revelen las unas á las otras
 »y todas reunidas á la atencion pública, que les preste y les envíe
 »aquella luz á la cual se manifiesta el grande, el tierno espectáculo
 »de la caridad en nuestra Francia? ¡Cómo! ¿Entre tantas reuniones
 »académicas que abrazan todas las ramas de las ciencias y de las
 »artes, no se ha pensado en establecer una para esta ciencia fecunda,
 »para este arte saludable, que comprende los diferentes medios de
 »consolar á la humanidad, etc., etc.?»

Así, ejemplos fuera, analogías y razones dentro, nos inducian á desistir de nuestro propósito.

¿Pero hemos de ser en todo inferiores á los otros pueblos? Nada debemos intentar de lo que probaron sin fortuna, nada hacer de lo que ellos no han hecho? ¿Hemos de detener nuestros pasos por el camino del bien, para dar lugar á que vayan delante, y medir los movimientos de nuestro corazon á compás de los latidos del suyo? Sin negarles lo que nos adelantan en muchas cosas, ¿no hemos de procurar aventajarlos en alguna? ¿Tan abajo habremos caído, tan sometidos estaremos á las malas pasiones, que en todas las buenas obras hayamos de ser los últimos? No, no. Los generosos sentimientos son patrimonio de la humanidad, no de un pueblo; ni hay ninguno á quien Dios haya privado de esta divina herencia. Bien está que reconozcamos la superioridad donde exista, que celebremos los buenos ejemplos donde se den, que inclinemos respetuosamente la cabeza ante merecimientos mayores; pero lejos, muy lejos el ignominioso y cobarde desaliento, que nos haga desistir de emprender nada de lo que otros no han realizado, y creernos indignos de ninguna generosa iniciativa. La humanidad es una gran familia; los pueblos que la componen, unas veces aparecen brillantes, otras están oscurecidos, pero todos trabajan siempre bajo la proteccion y en presencia del Padre celestial. Trabajemos pues, sin orgullo pero sin desaliento, que la buena semilla no deje de dar buen fruto por que sea arrojada á la tierra por una mano débil.

Bajo la influencia de estas ideas se ha emprendido la publicacion de *la Voz de la Caridad*. ¿Y qué hemos hallado en nuestro camino al dar los primeros pasos? Facilidades, y motivos para marchar adelante.

Dos limosnas nos han facilitado fondos para los primeros gastos.

Personas de alta reputacion merecida en el mundo literario, se han ofrecido á tomar parte en la redaccion del periódico.

En los momentos en que escribimos estas líneas, apenas ha circulado el prospecto en Madrid, no ha llegado á algunas provin-

cias; y no obstante tenemos ya bastantes suscripciones, y esperanza fundada de conseguir muchas mas.

Las personas á quienes hemos rogado que sean corresponsales, se prestan, espresándose, no con la frialdad del que cede á un compromiso, sino con el calor de quien obra á impulsos del corazon; y mas que aprobar nuestro pensamiento, puede decirse que le prohijan.

¿Qué prueba todo esto? Que los buenos sentimientos no están muertos, como muchos creen. Que la indiferencia para con los afligidos no es tanta como algunos suponen. Que el egoismo no lo ha invadido todo. Que en medio de ese mar tempestuoso, donde se agitan intereses y pasiones, errores é ignorancias, se hallan puertos para las nobles ideas y los dulces sentimientos. Que si hay muchos á quienes seduce la fortuna, á muchos tambien atrae la desgracia. Que si el placer lleva en pos de sí numerosa comitiva, no le faltan al dolor piadosos amigos. Y en fin, que si el ódio cuenta con soldados iracundos, la caridad tiene valerosos campeones.

Conviene mucho que esto se sepa, y que se diga una, y otra, y mil veces. Que en frente del cuadro de las maldades, se vea el de las buenas obras; que al espectáculo de los vicios, se oponga el de las virtudes; y al escándalo, el buen ejemplo. Porque si así no se hace, los malos aparecerian solos en el mundo, y le tendrían por suyo. Toda voz que se levanta y no escucha otra que la contradiga, se convierte en voz de mando; y no está bien que la virtud pase tan callada, que ni aun se sospeche que existe, y entregue la conciencia pública á la dictadura de la maldad. No está bien que los perversos estén seguros de no hallar contradiccion; que los egoistas puedan llamarse prudentes; que los débiles permanezcan inmóviles y afligidos, creyendo inútil su esfuerzo; y que hasta los mejores y mas valerosos vacilen, creyéndose solos. No está bien que se deje creer que todo es maldad y egoismo, porque calumniar á la especie humana es uno de los mayores daños que se pueden hacer á la humanidad. No está bien que los duros y los indiferentes se crean y se proclamen solos, y se llamen la opinion, y den á su ruin proceder esa especie de prestigio que tiene todo lo que es fuerte, y disminuyan el horror á la maldad, á medida que hagan ver aumentado el número de los malos.

No, ni los malos son los mas, ni tantos á tantos son los mas fuertes. Puesto que la sociedad existe, el bien prevalece sobre el mal, no hay prueba mas concluyente. ¿A qué buscar en las tradiciones, y en las historias y en los monumentos, por qué han perecido esos pueblos de que no queda mas que el nombre? Sucumbieron,

porque el vicio y la crueldad eran mas fuertes que la virtud y la compasion. *Pienso, luego existo*, decia un filósofo. *Existo, luego soy bueno*, puede decir todo pueblo. La bondad es una condicion de existencia. Desde el momento en que los malos estuviesen en mayoría, la justicia sería imposible, y por consiguiente la sociedad.

Pero, ¿y tantos delitos, y tantos vicios y tantos crímenes? ¡Ah! ¿Quién no deplora su número? Pero así como ni aun en tiempo de epidemia es mayor el número de los enfermos que el de los que gozan salud, en todo pueblo que prospera, que existe solamente, son mas los hombres honrados que los perversos. No hay mas, sino que el bien pasa desapercibido; le respiramos como el aire, sin sentirlo; en armonía con nuestras necesidades y con nuestros gustos, se desliza calladamente y solo cuando falta, se hace notar por el vacío que deja. El mal, por el contrario, perturbador y hostil á todo, camina entre choques y repulsiones, oprimiendo ó siendo oprimido; es la rueda mas pequeña de la máquina, y si hace mas ruido es porque, no engranando con ninguna otra, choca con todas. El bien es la regla, los buenos son los mas, deben comprenderlo, para que su corto número no sirva de motivo ó de pretesto á su inaccion.

No lisonjeemos á la humanidad, pero no la calumniemos tampoco; hagámosle comprender, que los altos dones que ha recibido de Dios le imponen grandes deberes para con los hombres, y que no es prudente, sino cobarde, el que huye de una lucha en que tiene de su parte la fuerza y la justicia. Y si esto debemos hacer con la humanidad, ¿qué haremos con nuestra patria? ¿Qué nombre merece el que es capaz de calumniar á su madre? Como buenos hijos paguemos todos sus deudas, dejemos á Dios el juicio de sus faltas, procuremos consolar sus dolores, y ensalcemos sus virtudes. Sus virtudes, sí, que las tiene grandes, y en lo mas recio de sus combates, y en lo mas terrible de sus tribulaciones, y en lo mas culpable de sus estravíos, aparecen de repente nobles y elevados sentimientos, que si no la salvan de la amargura, la rescatan del oprobio.

Los que teneis un buen pensamiento, los que sentís un generoso impulso, no los dejéis extinguirse en el fondo de vuestra alma, creyendo que estais solos; no os detengais tampoco porque, según los cálculos mas exactos, sea irrealizable vuestra idea: tened la santa imprudencia que han tenido todos los bienhechores de la humanidad.

Y á vosotros, que habeis respondido tan pronta y tan generosamente á la débil voz que os llamaba en nombre de los afligidos, si alguna vez lo sois, ójala os envíe Dios con igual presteza, la

conmiseracion y el consuelo. Bendita sea vuestra caridad, y bendito el celo con que nos habeis hecho tan fácil la virtud de la **ESPERANZA.**—*Concepcion Arenal.*

LA CARIDAD COMO PLACER.

¡Gozar! ¡Gozar! Hé aquí la aspiracion general del siglo XIX.

El joven y el viejo, el político, el ambicioso, el literato, y sobre todo, esa masa de gente que pasea por las calles de las grandes poblaciones su ociosidad y su fastidio, todos buscan con avidez placeres ó distracciones. Aquella tranquila paz de nuestros abuelos ha desaparecido: hoy se la llamaría vida monótona é insulsa.

Así como, en la parte material, el vapor y la electricidad, fuerzas gigantescas de la civilizacion moderna, han impreso á todo una actividad febril, y han facilitado los viajes y las condiciones del bienestar, así tambien en el orden moral parece que hay alguna influencia de esas fuerzas, que hace latir nuestro corazon con mas violencia, que inspira deseos mas vehementes, y que nos hace buscar en todo emociones conmovedoras. El teatro con sus representaciones apasionadas, la música con su encanto indefinible, la política con sus azares é intrigas, la bolsa con sus juegos de fortuna ó de ruina, los periódicos con su inmensa publicidad, son instrumentos á quienes pedimos incesantemente emociones que nos interesen, y que ocupen la exuberancia de vida y de sensibilidad que parece residir en las generaciones contemporáneas.

En medio de ese torbellino yace sin embargo casi olvidado un manantial, mas que otros fecundo en gratas sensaciones, y que las produciría si supiésemos explotarle. Tal es la caridad.

La caridad es una virtud cristiana, es un deber moral, es hasta una necesidad; no la discutiremos hoy bajo estos caracteres. Examinémosla como placer: tal vez así logremos hacerla mas aceptable á las personas que en todo buscan placeres.

No analizaremos si en la criatura humana predomina mas espontáneamente un principio bueno ó malvado; si es un fondo de bondad que las pasiones pervierten, ó un fondo de perversion natural que la educacion y la religion corrigen. Lo que no ofrece duda, es que entre los instintos del corazon hay uno que dificilmente se estingue, aunque fácilmente se amortigüe, que es la compasion hácia las desdichas ajenas. El egoismo, ese gran monstruo devorador de los buenos entimientos, que corroee cuanto toca, lucha contra la compasion y la

benevolencia; á menudo las adormece; rara vez las estingue. Salvas escepciones de grandes criminales ó de egoistas empedernidos, la compasion reside en el fondo de nuestra alma. Hasta el bandido y el asesino tienen momentos de ternura.

Dios ha puesto ese sentimiento en nosotros, tal vez como instrumento de sociabilidad: el solitario del desierto no tiene á quien compadecer, porque no ve mas miserias que las suyas; pero el hombre de la vida social está viendo las ajenas á todas horas, y si no hubiera compasion, el mundo ofrecería una lucha intestina, en que solo se trataría de evitar la accion de la justicia, y de mirar cada uno su propio interés esclusivamente.

Esplotando ese sentimiento, ¡qué manantial de consuelos y de gratas emociones nos podíamos proporcionar! Y es mas extraño que no suceda así en la vida real y ordinaria, cuando en la ideal nos sometemos á su influjo sin darnos casi razon de ello.

Si vamos al teatro y si alguno de nuestros génios poéticos y filosóficos nos presenta una escena de moral en accion, en que resalta la gloria de la virtud y el placer de hacer bien; si esto además tiene hábiles intérpretes, entonces nuestra alma se asocia á aquella fábula; sentimos con el autor y con el actor; lo que se ve en las tablas halla perfecta simpatía en nuestro corazon, y al salir del teatro decimos con mucha naturalidad: ¡Cuánto nos hemos divertido!

Leamos una novela, la *Caridad cristiana* de Escrich, por ejemplo, ó algo de esos *Misterios de París*, que tanta fama han dado á Sué. ¿Qué sucede en nuestro espíritu? ¿No es verdad que seguimos con interés esa fábula escrita, que nos asociamos á las ideas de sus ficticios héroes, que aplaudimos sus buenas acciones, y que nuestros ojos dejan escapar lágrimas benditas á la lectura de una gran miseria que padece, y de una gran caridad que socorre?

Los periódicos, alimento cotidiano del espíritu moderno, nos dan estensos artículos que es frecuente mirar con indiferencia; pero vemos en un rincon de sus columnas la noticia de un hecho de beneficencia, una *Hermana de la Caridad* que recorre los campos de batalla, un marinero heroico que salva un naufrago, una gran señora que socorre la miseria ocultando su nombre, ó un filántropo como el americano Peabody, que derrama millones para hacer bien á los pobres, ¿no es cierto que tales noticias nos apasionan, nos enternecen, las leemos y las damos á leer, y apenas salen en un periódico, las copian casi todos los demás?

Pues si buscamos y aplaudimos esos hechos en la vida fabulosa y en la vida real pero de otros, si en ello hallamos placer, ¿por qué descuidamos ese placer en nosotros mismos, puesto que apenas hay

persona que no pueda proporcionárselo en grande ó en pequeña escala? Hay en esto mas insensatez que dureza de corazon. Somos buenos, somos compasivos, lloramos y sentimos con la lectura ó con el espectáculo ficticio ó lejano de situaciones de miseria y de hechos caritativos, y no aprovechamos las ocasiones iguales que tenemos á la vista, y que nos podrian proporcionar ese puro y delicado placer, mucho mas eficaz cuando pasa por nosotros, porque la fábula no puede nunca impresionar como la verdad misma, ni lo que sucede lejos conmueve como lo que pasa ante nuestros propios ojos.

Hay emociones dulces que no están exentas de peligros y de amarguras, y por eso nos retraemos de repetirlos. En el ejercicio de la caridad sucede todo lo contrario. La íntima satisfaccion que proporciona el acto de socorrer á un pobre y de recibir las espansiones de su gratitud, espresada á veces mas con lágrimas que con palabras, es uno de los sentimientos mas puros que podemos experimentar. Todo en él es bueno, es noble, y de sus ventajas no puede resultar ningun inconveniente. Por eso es fácil cansarse de todo, pero no de hacer bien á los desdichados.

Y no puede dejar de suceder así. El ejercicio de la caridad, por una parte desahoga el sentimiento de compasion que reside mas ó menos en todos los corazones, y por otra nos constituye en una especie de providencia visible para el que sufre.

Al desempeñar este protectorado sentimos cierta superioridad, cierta conciencia de lo que valemos, puesto que podemos dar consuelo á nuestros semejantes: si en esto se desliza algo de orgullo, es el orgullo mas disculpable; y si nos suscita cierto género de ambicion, ¡bendita y santa sea la ambicion de hacer bien!

Por eso quisiéramos que los que, por aturdimiento mas que por falta de sensibilidad, descuidan este manantial de goces, los probasen una vez. Seguros estamos que conservarían tan grato recuerdo, que habian de desear repetirlos hasta formar de ellos un ejercicio habitual.

Hombre de negocios, metalizado como el metal que maneja; político fanático por una idea buena ó por un delirio; dama aristocrática respirando lujo, escuchando lisonjas y contando los triunfos del amor propio por las miradas que se digna conceder á sus adoradores; si en medio del vértigo que forma la vida de cada uno de estos seres tienen el recuerdo de una familia socorrida ó de un triste consolado, seguro es que en el silencio de la noche, entre los recuerdos del oro, de la gloria ó del amor propio satisfecho, se deslizará el de la caridad ejercida, como un grato perfume que embriaga dulcemente.

Acaso se nos dirá: «Predicáis en vano para la generalidad de las gentes: dirigíos á los ricos; la gran mayoría de los hombres es pobre, ó vive con escasos recursos, y no pueden ejercer la caridad.» En esto hay mucho de error y algo de egoismo disfrazado.

Cierto es que los ricos están en mejor posicion para ser caritativos, porque tienen mas que dar; cierto es que á ellos, por lo tanto, incumbe mas este deber moral; pero sería lamentable error el sacar de aquí la consecuencia de que la caridad solo puede ser patrimonio del rico y del potentado.

En primer lugar, la gran mayoría de las gentes que no se tienen por ricas, y que se escusan con esto para no ser caritativas, al proclamarlo así no nos dicen que, si bien viven modestamente, tienen gastos supérfluos, y si viéramos su libro de cuentas, hallaríamos partidas inútiles, fondos invertidos en frivolidades, tributo rendido al afan de goces, á las exigencias de la vanidad y al imperio de la moda. Esas partidas, pues, son un gasto innecesario. ¿Sería mucho exigir el cercenar de él una pequeña parte para dedicarlo á la beneficencia? Placer por placer, puesto que bajo este punto de vista miramos hoy la caridad, ¿no podria invertirse en el de socorrer á una familia pobre, una parte de lo que gastamos en cualquier otro goce ó diversion pasajera?

Además, la riqueza es una palabra relativa, y solo se define bien por comparacion con un bien estar mayor ó menor. Hay muchos hombres que se consideran pobres comparados con un millonario, y que, sin embargo, están reputados por ricos á los ojos de un millon de personas que tienen menos recursos. La caridad, pues, no es exigente; no quiere que nadie se arruine por socorrer á otro. Para ser virtud y producir efectos de tal ante Dios y ante los hombres, basta con que se dé lo que permita la situacion de cada uno. El mendigo que da á otro mendigo hambriento un poco del pan que recibe de limosna, hace un acto de caridad mas grande que el potentado que reparte mil duros á los pobres.

Finalmente, en la caridad no todo consiste en la materialidad del dinero. Hay consejos útiles, hay espresiones de interés, hay consue-
los de palabra y de obra; hay, en fin, amor, ternura é inteligencia que se puede dar, y que el pobre agradece tanto como el dinero, porque al ver esas demostraciones de compasion, conoce que no está desamparado, y recobra el valor para sufrir y la esperanza de mejores dias.

Hé aquí, pues, cómo el ejercicio de la caridad se presta á todas las situaciones, se amolda á todos los caracteres; y cómo, por lo tanto, nadie ó casi nadie puede alegar verdaderas razones para no cumplir este deber moral y privarse de este goce purísimo.

Compadecemos al que no lo disfruta, al que deja de contraer un mérito, que lejos de ser penoso es, como hemos dicho, un manantial de placer. El que lo dude, que lo ensaye. Ancho campo tiene en que ejercer la caridad; dramas horribles de miseria pasan desapercibidos en este Madrid bullicioso; millares de familias pobres viven entre nosotros, quizás en las boardillas de nuestras mismas casas tan cómodas. Llamemos á su puerta, y si al entrar nos recibe la bendicion del pobre, al salir bendeciremos nosotros el impulso que nos llevó á visitar aquella mansion de dolor.—*Antonio Guerola.*

Insertamos á continuacion una carta de nuestro querido amigo el Sr. D. Fermin Caballero, para no privar á nuestros lectores del gusto con que se lee siempre lo que él escribe, y darles al mismo tiempo la grata seguridad de que el periódico de los pobres le tendrá por colaborador. Suprima el lector los inmerecidos elogios que nos prodiga, hijos de su escesiva modestia y de su buena amistad.

Contamos con otros colaboradores, cuyos nombres honrarian y autorizarian el primer número de LA VOZ DE LA CARIDAD: preferimos que nuestros lectores los vayan viendo al pie de sus artículos, por huir de toda apariencia de semejanza con esas publicaciones que ponen largas listas de colaboradores, que ni aun tienen noticia de ellas.

Madrid 4 de marzo de 1870.

Señores Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

«Muy Señores míos: En efecto, me creo en el deber de ayudar á VV. en la redaccion de su periódico LA VOZ DE LA CARIDAD, por varias razones.

Una, porque siendo VV. muy bastantes para desempeñar el papel dignísimamente, todavía reclaman la cooperacion de quien no sabe negársela.

Otra, porque su noble propósito de que la *caridad* se comprenda bien y se practique mejor, hace vibrar las cuerdas de todo corazon sensible, atrayéndole alborozado á esa campaña gloriosa, en que no hay mas bandera que la de *hacer bien*, ni otro lema que el de *disminuir los dolores*. ¿Quién será sordo á un llamamiento humanitario y santo, cuando son muchas las necesidades de los pobres, y tales los campeones que empuñan el oriflama? Preveo que han de encontrar VV. muchos soldados animosos: que en medio de nuestras discordias, vive el fuego sagrado de las grandes virtudes.

Otra, porque habiéndome condolido siempre de los desdichados,

aun en el ardor de los años juveniles, anciano ya y experimentado, apenas me queda convicción mas íntima ni ocupación tan grata como la de amar á los hombres, comenzando por el individuo indigente para llegar á la colectividad infortunada. Donde hay muchos ciudadanos desgraciados, no es fácil hallar una sociedad feliz: la suma, que se llama nación, no puede hacerse bien cuando los sumandos son tan heterogéneos y discordes.

Otra, y otras que omito porque VV. conocen y saben cómo me encariño con la razón, la verdad y la justicia, y con qué buena voluntad me presto á cuanto sea *filantrópico, benéfico y caritativo*.

Pero con tan excelentes disposiciones, para acompañar á VV. de edecán ó de inferior subalterno en la heroica cruzada que emprenden, mi situación actual, mis quehaceres presentes, me impiden concurrir al palenque del *primer número*, donde quisiera aparecer como uno de tantos de los que se asocian á su idea. Maldita la falta que hará mi tributo (estoy seguro de ello) para que LA VOZ DE LA CARIDAD sea buscada, aplaudida, instructiva y fructuosa. Sin embargo, aseguro á VV. por quien soy, que tan pronto como me encuentre en posición desembarazada, les enviaré de vez en cuando las reflexiones que me ocurran en apoyo de su pensamiento, y VV. las insertarán, si las juzgan aceptables.

No tendremos poco que trabajar y que aguzar el ingenio los que hayamos de tomar parte en alimentar á los suscritores de su periódico, á quienes VV. van á hacer escesivamente delicados, exigentes y descontentadizos.

Su servidor y amigo afectísimo Q. S. M. B.—*Fermin Caballero*.

PODER DE LA CARIDAD.

En ese vivo y palpitante cuadro, que á todas horas estamos contemplando en derredor nuestro, donde tantas figuras se mueven, tantos intereses se agitan, tantas ambiciones se cruzan, tantos proyectos se elaboran, y tan diversos fenómenos se suceden con rapidez prodigiosa, hay una cosa que llama nuestra atención, y en que mas de una vez se ha fijado nuestro espíritu, á saber: los grandes y dolorosos contrastes que nos ofrece.

¡Grandeza y miseria! Hé aquí los dos opuestos polos sobre que gira en su perpétuo movimiento la vida del mundo: la vida del mundo antiguo, como la del mundo moderno; la del mundo presente, como la del mundo venidero; porque es ley eterna de la hu-

manidad la desigualdad de las condiciones, y en vano soñarán los niveladores con una igualdad imposible y quimérica.

¡Grandeza y miseria! Esta es la ley del mundo para mientras subsista: ley que rige sus destinos, con fatalidad inexorable para los incrédulos, y con perpétua sujeción á los designios de la Providencia para los que conservamos los ojos abiertos á la luz de la fe.

¡Grandeza y miseria! Sí, por una parte, la vida con todos sus goces materiales, con todo eso que se llama felicidades, con todo su cortejo de estrepitosos placeres y de ruidosas fiestas, con todo el esplendor de las riquezas y la deslumbradora magnificencia del lujo. Por otra parte la vida con todas sus privaciones, con todos sus dolores, con todas sus miserias materiales, con la carencia de lo que tanto se malversa y se desborda en las regiones donde tiene su asiento la abundancia.

Tal es y tal ha sido el estado social en todos los tiempos. Consignamos esta verdad, no con el espíritu y con la intención siniestra con que los demagogos hacen de ella una bandera de guerra contra los ricos, sino con la fría y desapasionada convicción que nos produce la historia del mundo, en que desde las maravillas de Babilonia y de Nínive hasta los refinamientos del lujo en nuestros días, ha existido siempre ese gran contraste entre los esplendores de la grandeza y los tristes cuadros de la miseria.

Este estado subsistirá perpétuamente: volvemos á decirlo, porque es preciso insistir mucho en una verdad que se empeñan en desconocer algunas inteligencias extraviadas, y contra la cual quieren luchar algunos espíritus calenturientos. Siempre habrá pobres y ricos, y siempre será lejítimo y natural ese estado: porque siempre poseerá el rico con justo título, y con derecho al respeto de todos, lo que haya adquirido á costa de perseverantes esfuerzos, ó lo que haya heredado de sus mayores; y siempre transmitirá el pobre á sus hijos la pobreza en que vive, porque no hay de ordinario en esa esfera de la vida, ni estímulos, ni medios, ni disposiciones para salir de ella.

Por último, siempre habrá pobres y ricos, porque esto responde á una ley sabia y eterna de la Providencia, que los hombres no lograrán derogar nunca, dado que las leyes que rigen á la humanidad son indestructibles, y los delirios de los innovadores no pueden sobreponerse á ellas, ni desvirtuarlas, ni turbar su inalterable y magestuoso culto.

¿Por qué se empeñan, pues, algunas cabezas exaltadas en atacar á ese ley pepétua de la humanidad, y en sustituir á la desigualdad natural la igualdad artificial, á la distinción conveniente en el orden social, la confusión absurda discurrida por la demagogia? ¿Por qué?

Vamos á decirlo. Porque ven en el seno de la humanidad, que es una esa dualidad de situaciones que presenta un contraste tan doloroso; porque hallan en esa inmensa desigualdad de situaciones un abismo profundo; y cuando los hombres, á la vista de estos grandes fenómenos, se empeñan en buscarles explicacion y en darles solucion por medios puramente humanos, recurren á escentricidades y locuras proporcionadas á la magnitud del hecho que les preocupa.

Es verdad. Entre los esplendores de la grandeza y las sombras de la miseria, media un abismo. ¿Quién no lo ve, y no mide con una sola mirada su vasta estension? ¿Pero por ventura ese abismo se cegará con la destruccion de las fuentes que habian de llenarlo? ¿Se cegará con el exterminio de los ricos, con el pillage de sus riquezas, que el viento se llevaría si un día se llegase á arrebatárselas, como se lleva las cenizas de un edificio abrasado por las llamas? ¿Se cegará, en fin, con odio y con persecuciones, con sangre y con horrores?

No: este abismo no solo no podria llenarse, sino que llegaría á hacerse insondable por semejantes medios, y á sepultar juntos en su sima á los pobres y á los ricos. Si es cierto que en el mundo «habrá siempre pobres,» como lo dijo la Verdad eterna, cegar las fuentes de donde puede venirles el auxilio, es decretar su ruina. ¡Desgraciada de la humanidad, desgraciados de los pobres el día en que se realizasen los sueños de los niveladores!

Para llenar ese abismo hay una cosa mas grande que él mismo, que no es de invencion humana ni podia serlo, porque los maravillosos efectos que produce son, no solo superiores, sino hasta contrarios á las inclinaciones de nuestra naturaleza. Para llenar ese abismo existe el *poder de la caridad*, hija del cielo, y como tal impregnada de un espíritu ardiente, vivificante, fecundo en toda clase de bienes: el poder de la caridad, que lleva al rico á desprenderse de una parte de su fortuna y á darla al pobre, juntamente con los tesoros de su amor y los consuelos que brotan de un alma verdaderamente cristiana; el poder de la caridad, que nivela, hasta donde le es posible, esa desigualdad necesaria de las condiciones sociales.

¡Cuán grande es el espectáculo que ofrece á nuestros ojos el poder de la caridad! Él es el que ha dado vida á esas grandes y bellas instituciones, donde el doliente y el desvalido hallan alivio á sus males. Él es el que ha creado y sostiene los hospitales, los asilos, las casas de incurables, las de espósitos, y tantos otros establecimientos piadosos. Él es el que lleva tantas almas cristianas en busca de los necesitados, para partir con ellos su fortuna y prodigarles sus consuelos. Él es el que ha dado vida á esas variadas obras de caridad

que en nuestros dias están difundidas por el mundo entero, conquistándose el respeto y la admiracion de todos. Él es el que ha impulsado la formacion de escuelas, de bibliotecas, de vestuarios, de cocinas económicas, para dar al pobre alimento corporal y espiritual bajo todas las formas que necesita. Es el que ha llevado á muchos hasta el sacrificio de todos sus bienes en favor de los pobres, y á constituirse voluntariamente en estado de pobreza. Él es quien ha hecho nacer esas magníficas instituciones que, como las Hijas de la Caridad y las Hermanitas de los Pobres, dan el mas alto ejemplo que puede ofrecerse al mundo, de espíritu de sacrificio, de abnegacion, de heroismo y de consagracion amorosa al bien de la humanidad.

El poder de la caridad se estiende á todo: desde el niño que acaba de nacer, hasta el anciano que pisa los umbrales del sepulcro; desde la dolencia física, hasta la dolencia moral; desde la necesidad mas vulgar y mas fácil de socorrer, hasta esas otras necesidades que el mundo no conoce, y que solo alcanzan á remediar las almas verdaderamente caritativas. Esta caridad obra prodigios y hace milagros todos los dias y á todas horas ante nuestros propios ojos; y su influencia es tan poderosa, que hasta los indiferentes y los incrédulos le rinden el homenaje de su respeto y de su admiracion profunda.

Si, pues, nos ha deparado el cielo un medio tan poderoso y eficaz de aliviar los males de la humanidad, y de llenar hasta donde es posible el abismo que separa á la grandeza de la miseria, fijemos en él toda nuestra atencion: estudiemos en sus grandes obras el *poder de la caridad*.

Esto es lo que procuraremos hacer en otros números.—*J. M. Antequera.*

BENEVOLENCIA.

Conversaban cierto dia acerca de la CARIDAD, un bondadoso y afable sexagenario, y un jóven de veinticinco aabres, lucido estudiante, escritor presuntuoso, mozo resuelto, y dotado de toda la petulancia de su edad y de su época. Yo, que soy algo taquígrafo (circunstancia de que no me jactaría si ya no hubiese sacado á plaza mi nombre, con este título, el actual Director de la Sociedad Económica Matritense), copié la conversacion, lapicero en mano, desde el punto mas interesante del diálogo, que fue cuando dijo

EL ANCIANO. No niego que haya en Madrid caridad; lo que dudo es que haya tanta como V. dice: y eso sin méterme á escudriñar si

toda es bien dirigida. Pero en Madrid y en todas partes, lo que principalmente convendría aconsejar mucho y practicar un poco más, es la **BENEVOLENCIA**.

JOVEN. ¡Hola, hola! ¿Entramos ya en los *distingos* y en las sutilezas, ó quiere V. hacerme un artículo de sinónimos?

ANC. No hay, á fe mia, sinonimia, ni asomos de ella, entre la virtud ardorosa que lleva el amor al prójimo hasta la abnegacion y el sacrificio, y aquella propension bondadosa y casi pasiva, que consiste en no querer mal á nadie ni pensar mal de nadie, ni hacer daño á persona alguna, no solamente por obras, sino por palabras ni aun por pensamiento.

JOV. Entiendo: la primera es la *caridad*, la segunda la *benevolencia*. ¿Y me permitirá V. preguntarle cuál es la utilidad práctica de esa delicada distincion, no sé si diga filosófica ó filológica?

ANC. Llámela V. como quiera, su conveniencia es evidente y palmaria. Son muchas las personas que hacen mayores daños por su falta de benevolencia, que el bien que puedan producir por algunas obras de caridad, realmente tales, ó que tienen á lo menos el barniz, la traza, la apariencia de acciones caritativas.

JOV. Si á V. no le molestase el aclarar con algunos ejemplos....

ANC. Con mucho gusto.—Pero antes convendría penetrarse del diferente rumbo que tomarían las relaciones sociales, del diferente aspecto que este mundo sublunar, malo y todo como es, presentaría, si, en vez de mirarnos unos á otros como enemigos, como rivales, como adversarios, como obstáculos para nuestra felicidad, nos decidiéramos á ver en cada hombre un verdadero prójimo, esto es, un hermano, ó siquiera un amigo.

JOV. Todo eso me parece bello, noble, poético, sublime, y sobre todo evangélico, pero perdone V. que le diga que es poco real y práctico.

ANC. Pues bien, yo, por mi parte diré á V. que lo verdadero, real y positivo es lo que yo digo; prescindiendo del absurdo de calificar una idea de evangélica y de imaginaria al mismo tiempo: á no ser que V. no crea en el Evangelio ni en sus principios morales, porque entonces podemos dar punto á la conversacion.

JOV. Pues por tal de seguirla, doy de barato que creo á pie juntillas.

ANC. Lo cual equivale á decir que no está V. muy firme en sus creencias; pero yo tambien *doy de barato* que hablo con un hombre racional....

JOV. Racional! Caramba! ¿Con qué fuera de las ideas de V. no hay razon posible?

Anc. Sí señor, pero razon extraviada. En fin, no nos extraviemos nosotros: tengo empeño en demostrar á V. las ventajas de la benevolencia y sus sólidos fundamentos.

Jov. Escucho con docilidad.

Anc. Atiéndame V. con benevolencia.—Iba yo diciendo, que en cada hombre deberíamos ver, ya que no un hermano, un amigo; un sér nuestro semejante, y que de una ú otra manera contribuye á nuestro bienestar, ya directa ya indirectamente, y á veces aun á pesar suyo.

Jov. De manera que V. opina que debemos agradecer al hombre el bien que hace hasta contra su voluntad.

Anc. Iba á contestar que eso era lo propio de un corazon noble; pero me arrepiento, y digo que para tal agradecimiento no es necesaria la nobleza del corazon, y basta con el egoismo.—¿No le ha sucedido á V. cazando ó vagando por el campo, llegar sediento á un manantial y apagar en él con delicia la sed ardiente, y sentir hácia aquel inanimado chorro de agua como un sentimiento de tierna gratitud? Y sin embargo, es evidente que el agua no corría con el designio deliberado de socorrer á V.—¿No ha corrido V. á caballo, ansioso de llegar al término apetecido, y al apearse despues de logrado su intento, ha acariciado indeliberadamente al pobre animal, que no sólo era alquilado, sino que ha llenado su objeto sin voluntad de ayudar á V., guiado solamente por la rienda y estimulado por el acicate?—¿No le he visto yo á V. antes de anoche aplaudir entusiasmado en la ópera, como si aquellos cantantes tuviesen la menor intencion de agradarle á V. personalmente, y no trabajasen por miras más ó menos interesadas?

Jov. Todo eso está bien, pero no acabo de alcanzar la aplicacion.....

Anc. Es patente: que pues que cada hombre no deja de contribuir de un modo ú otro al bien de la sociedad, al fijar los ojos en un hombre debo considerarle con el mismo impulso de gratitud, y más aún que la que he sentido hácia el cantante, el caballo ó el manantial de mis ejemplos anteriores.

Jov. De manera que V. intenta convencerme de que los hombres todos, sin excepcion, pasamos el tiempo haciéndonos mútuos servicios, ó deleitándonos recíprocamente.

Anc. Derecho tendria yo para protestar contra ese *todos*, que excluye la excepcion inherente á toda regla; pero me contentaré con decir que así es positivamente en general; y sería mas general todavía si, hallando cada hombre en los demás un poco de benevolencia, no se sintieran impulsados los mal educados á un sinnúmero de

malas acciones, como por una especie de reaccion contra la sociedad, que aborrecen porque no hallan en ella la debida benevolencia.

Jov. Sentiria parecerle á V. pesado, pero ¿no podríamos probar á ajustar á la práctica tan bellas teorías?

Anc. No hay la menor dificultad.—¿Ve V. ese barrendero que pasa por delante de nosotros? ¿Qué haria V. si se le cayera la escoba que lleva al hombro?

Jov. ¿Yo? Dar un salto hácia atrás para que no me ensuciara.

Anc. ¿Y si aquella dama elegante, que viene á emparejar con nosotros, dejará caer el abanico?—Vamos, confiese V. que se apresuraria, á fuer de caballero galan, á recojerle y ponérsele en la mano.

Jov. ¡Pues qué! ¿Es lo mismo?

Anc. Ahora hablaremos de eso, pero entre tanto, veamos lo que uno y otro pensarian de V.—El pobre barrendero se veria humillado de la repugnancia con que un caballereito evita hasta el contacto de lo que es para él instrumento de ganar la vida, y además haria esta reflexion: «Ese pisa-verde tiene asco de mi escoba, y mi escoba es la que evita que su bota charolada se empuerque y se estropee!»

Jov. ¿Y V. le daria la razon si tal pensara!

Anc. ¿Cómo he de dar yo la razon á ninguna injusticia ni á ningun mal pensamiento, y más si se funda, como este del barrendero, en falta de benevolencia? El buen hombre pensando así seria injusto, porque no se haria cargo de todas las fundadísimas razones que tiene V. para procurar no emporcarse; pero tambien es cierto que si en lugar de este ademán de asco y disgusto hubiera visto en V. el mismo deseo de ayudarle á recojer la escoba que el que muestra V. para recojer los abanicos; si hubiera visto esa benevolencia siempre en todos desde que es barrendero, no nutriría en su corazon ese odio contra nuestra clase, que tal vez le ofusca. De la misma manera, la dama del abanico se hubiera sentido inclinada á V., y le hubiera tenido en buen concepto, sin otra razon que una accion propia de la urbanidad mas sencilla.

Jov. De manera que la benevolencia consiste en igualar á los barrenderos con las damas, y á las escobas con los abanicos?

Anc. No señor, consiste en otras muchas cosas. Consiste, por ejemplo, en no enfadarse un hombre de mi edad cuando un joven como usted estropea una conversacion seria, por tal de decir una chuscada. Consiste en....

Jov. ¿Imagina usted que yo no soy capaz de hablar en sério?

ANC. Consiste en no imaginar que el joven no es capaz de hablar en sério porque cometió una disculpable ligereza.

Jov. Perdone usted si.....

ANC. Consiste la benevolencia en no perdonar.....

Jov. ¡En no perdonar!

ANC. En no perdonar..... cuando no hay de qué, ni es ocasion de hacerse uno el magnánimo. Si yo le dijera á V. que le *perdono*, sería suponer ofensa, y faltar por el mero hecho á la benevolencia. No necesito apelar á ella para explicar á V. que mi ejemplo del barren-dero tenia por objeto suponer á V. víctima ó blanco de una evidente injusticia, para inclinarle más con esta suposicion á no ser injusto con otros; pero aun sin apartarme de ese ejemplo mucho, puedo generalizar diciendo: Que todas las demostraciones de lo que llamamos *cortesía*, como hubiera sido recoger el abanico de la dama, no vienen á ser mas que un *remedo de benevolencia*. Justo es, justísimo, evitar el *caballero* á la *dama* una molestia; pero generalicemos, y digamos: el hombre á la mujer, y más todavia el sér fuerte al sér débil, sea mujer, niño ó anciano; el que sabe más al que sabe menos; el que más puede, al que nada puede, al desamparado, al desvalido.

Jov. Yo confieso que ese refinamiento de atencion suavizaria en gran manera las relaciones sociales; pero ¿cómo quiere V. que nadie le practique, cuando no solamente la bondad y afabilidad recibe en cambio la aspereza, sino que sobran motivos para desconfiar de todos los hombres?..... ¿No hay un refrán que dice: «Piensa mal y acertarás?» Los refranes son evangelios abreviados.

ANC. Cuando no son tremendos desatinos, como ese que V. me cita. El que piensa mal de todo, yerra, en vez de acertar, noventa y nueve ocasiones de cada ciento; y aquel que á toda accion agena, indiferente, buena ó mala, le supone un móvil perverso, no solamente desconoce el corazon humano, sino que comete atroces injusticias.

Jov. ¿Lo dice V. formalmente?

ANC. Como lo siento lo digo. No tiene V. mas que averiguar lo que de sus acciones discurren otros, y se sentirá V. herido de la sinrazon con que le trata el mundo. Si V. procura adelantar, medrar, ganar dinero, prosperar en todo, cosa natural y lejitima mientras se logre por medios honestos y vias lícitas, le llamarán á V. ambicioso, codicioso, interesado, y qué se yo qué más. Si por sobrado desprendimiento y liberalidad, si por caridad acaso, gasta V. su hacienda, le llamarán despilfarrado y manirotto, y la acusacion partirá de aquellos mismos que reciben sus dádivas. Si, por el contrario, se

atiene á una prudente economía, le motejarán de avaro, tacaño y cicatero. Si.....

Jov. Un punto ha tocado V. que me llega al alma, porque me tiene escarmentado y lastimado. Figúrese V., amigo mio, que una persona que V. conoce mucho, y que me debe grandes favores, ha tenido valor.....

Anc. Perdona V. que le interrumpa, pero no me gusta oír esas historias. Yo profeso á V. grande afecto: si algo malo le ha sucedido, y yo puedo contribuir á atenuar las consecuencias, disponga V. de mi buena voluntad, de mi consejo, de mi persona, de mi bolsillo; pero sin referirme pormenores, que además de desacreditar á tercera persona, serán inútiles, y me dejarán en la duda de si V. mismo los aprecia exactamente, porque nadie es buen juez en causa propia. Por de pronto, veo que se jacta V. de haber hecho favores, y se lamenta de que no le han sido agradecidos: los favores que se hacen, querido amigo, han de ser actos espontáneos y desinteresados de la benevolencia, y por lo tanto deben olvidarse; la gratitud nunca debe esperarse ni exigirse; lo único permitido es recibirla con gusto y gozarse en ella.

Jov. Severo es V. en demasía, y ya que no me permite desahogar mis sinsabores en el seno de la amistad.....

Anc. Entendámonos: no sólo permito, sino que ruego á V. me muestre la herida de su pecho, y me esforzaré por encontrar bálsamo que la cure; lo que repugno es saber la mano que la hizo ni la ocasion de la ofensa.

Jov. ¡Y todo eso por *benevolencia* hácia el ofensor!

Anc. ¿Y por qué no? Si en mí hubiese estado evitar el agravio, lo hubiera hecho; si pudiera contribuir á corregirle, también desearía conocer á la persona de quien V. se queja; pero sin este ú otros fines semejantes, nuestras explicaciones quedarán reducidas á una estéril *murmuración*, vicio abominable, más desastroso que el cólera.

Jov. Tal es mi opinion, hablemos de eso.

Anc. Será otro día, porque no creo que debamos permanecer sentados, cuando va cayendo la tarde, en este paseo de Recoletos, donde al crepúsculo corre siempre un remusguillo poco saludable.

Jov. Tiene V. razon; y ya que hablamos de *benevolencia* universal, seamos benévolo hasta con nosotros mismos, y observemos los preceptos de la higiene.

Anc. Es cosa muy racional, y la misma idea supo expresar con su natural gracia el ingenioso Brillat de Savarin.

Jov. (En voz mas baja, pero que no se escapa al oído de ético del

taquígrafo.) Además, creo que haremos bien en alejarnos, porque he notado que hay aquí cerca un hombre aplicando la oreja á nuestra conversacion y tomando apuntes.

ANC. Y aun cuando así fuese, ¿por qué hemos de suponerle un fin torcido?

JOV. Veo que se ha empeñado V. en comunicarme su espíritu de benevolencia.

ANC. Me contentaría con lograr que no fuese V. suspicaz ni mal pensado.

JOV. Así lo espero. Con qué, buenas tardes. Y ¿cuándo trataremos de la murmuracion?

ANC. Cuando volvamos á encontrarnos por estos sitios.

JOV. Pues yo procuraré que sea pronto. A Dios.

Y yo procuraré asistir á la conferencia, dijo el taquígrafo para su capote: con eso podré referírsela á los lectores de la VOZ DE LA CARIDAD.=A. M. Segovia.

ADVERTENCIAS.

1.^a El primer número de LA VOZ DE LA CARIDAD sale con 20 páginas, en vez de las 16 de que debia constar, y aun así hemos tenido que retirar varios artículos, uno sobre prisiones. Por falta de espacio no hablamos tampoco de ningun establecimiento benéfico; pudiendo considerarse este primer número como una introduccion.

2.^a Damos las mas sentidas gracias á nuestros colegas, tanto de Madrid como de provincias, que han dedicado á LA VOZ DE LA CARIDAD frases benévolas, elogios que no merecemos, y cuya esplicacion está en la simpatía que halla en las almas generosas todo el que se presenta en nombre de la desgracia. Manifestamos igualmente nuestra sincera gratitud á las muchas personas que nos han escrito aprobando nuestro pensamiento y ofreciendo su cooperacion, y á quienes, por ser tantos, no nos es posible contestar particularmente. La mejor contestacion será esforzarnos á corresponder al aprecio que nos manifiestan.